

TEATRO CAMPESINO EN EL CASTILLO ARABE

LOS partidos políticos que forman el Pleno municipal del Ayuntamiento de Salobreña han organizado una semana cultural en el pueblo, siguiendo aquello que ya se ha hecho lema no sólo en Andalucía, sino en toda la España que llaman algunos democrática: «Hay que ahondar en nuestras raíces culturales como medio eficaz para un renacer del país.» Ahondar y mostrar al pueblo nuestra cultura. Mi amigo Manuel Clavero Arévalo —convertido en líder de la Unidad Andaluza— ha venido, días pasados, al pueblecito de Almuñécar, a hablarnos del Estatuto de Andalucía. Entre los puntos que estimaba necesarios para la búsqueda de esta Unidad figuraba el de sacar a la luz toda una tradición cultural andaluza, riquísima, y hacernos y hacer ver al pueblo los tesoros culturales y espirituales de los que somos herederos. Qué hermosura platónica (y no aristotélica) encerraron las palabras de Clavero Arévalo. Yo pensaba que saber soñar es justo en el hombre; pero los sueños de los hombres, aun a sabiendas de que tienen derecho a ellos y a la esperanza que consigo llevan, me dan mucho que pensar. Quizá hasta me acarrean dudas descorazonadoras. No quisiera ser así y fervientemente deseo que las ilusiones de los líderes lleguen a convertirse en realidades. Lo cierto es que la confusión que el Parlamento, Gobierno y líderes políticos nos traen ahora al alma, es grande. Yo digo muchas veces que el alma me llora: veo hundirse a unos y levantarse a otros —quizá los mismos siempre— y siento la pena que debió de sentir Larra cuando afirmaba que escribir en España era llorar. Aún no salimos del llanto. Qué horror da pensar que España siga convertida en un país del Tercer Mundo con sus terrorismos, sus epidemias provocadas, su gente desconcertada, sus cambios continuos de leyes, el no acertar nunca en la elección. En una palabra: a nada se le encuentran soluciones. Sí: escribir en España es llorar. Ojalá no veamos nuestros hogares como vemos en el telediaro las casas y hogares de Nicaragua, El Salvador y tantos otros países hermanos.

Entre los actos culturales hemos asistido en el castillo árabe a una representación teatral de «Réquiem para un campesino», la novela de Ramón J. Sender, adaptada, con baile y canciones, por el grupo granadino de campesinos que viven en Orce,

pueblecito de Granada de unos mil habitantes. La representación ha sido doblemente interesante, tanto por la categoría de la novela como por lo que en dicha representación los campesinos de Orce cuentan al pueblo. Entre canto, baile y recitado se relata una historia criminal motivada por el caciquismo: a un campesino lo asesinan los mismos compañeros, movidos por los intereses del vandalismo caciquil, es decir, asesinos aconsejados y vendidos a los mismos caciques. El esfuerzo del grupo de Orce es digno de alabar: gestos, movimientos, palabras y expresiones dichas con acento granadino, nos mostraban la historia de una injusticia que se repite sin cesar en nuestro país. Y era digno de observar a aquellos campesinos, junto a los viejos muros del castillo árabe, convencidos de que estaban narrando a su pueblo, al mismo tiempo que la historia de la novela de Sender, la historia de nuestros bosques quemados, al parecer sin saber por quién; la historia de tanta víctima asesinada sin saber por quién; la historia, en fin, de una España que destruye el caciquismo y que será muy difícil de salvar.

En las caras de aquella juventud campesina de Orce se adivinaba un deseo de rebelión y de justicia, y cuando cantaban y bailaban parecían querer pedir solución y clemencia no solamente para todos los problemas andaluces, sino también para los de España entera. Los brazos de aquellos campesinos tantas veces cruzados en las plazas del pueblo pidiendo trabajo, recobraban una valentía sin igual al alzarse para bailar un colectivo fandango; las miradas se entrecruzaban en el zancandileo del baile pidiendo, tal vez, amparo, o recordando, liberados por el baile, que ya quizá no vuelvan a emigrar. Cuántas sugerencias revelaban a través del texto de Sender. Toda la tibia noche de verano, con el casi imperceptible rumor de las olas del mar que besan sin cesar la costa salobreña, era un puro vapuleo para el alma.

Los del pueblo que presenciaban el espectáculo sí que sabían bien de bosques quemados, de víctimas inocentes, de emigraciones sin apenas recompensa... ¿Cultura al pueblo? ¿Acaso el pueblo no es el mayor exponente de la cultura? ¿Quién puede intuir con mayor eficacia los problemas que padece? ¿Llevarle nuestras raíces culturales al pueblo cuando es de éste de quien tenemos que aprender?

¿Qué sería de la cultura sin el pueblo que la hizo a fuerza de padecer? Recuerdo que Unamuno dijo que el mejor poema que había escuchado en su vida fueron las palabras de un campesino que, cansado de guiar el arado, se detuvo un momento para describir, quizá burdamente, la impresión que le causaba la puesta del sol al mismo tiempo que se secaba el sudor de la frente. Recuerdo cómo Lorca, en su conferencia homenaje a Góngora, nos describe lo que para él son «los bueyes del agua» o piedras tiradas a lo largo de una acequia, formando una lenta y pesada curvatura semejante al lomo de un viejo buey. Esta imagen, como tantas, la aprendió Lorca de los campesinos de su pueblo.

En la noche tibia salobreña, junto a las mazmorras y almenas del castillo árabe, que en otro tiempo sirvió de cárcel a los reyes moros —reyes rebeldes a la injusticia y a sus propias leyes; reyes que en su destierro escribían poemas de amor al mismo tiempo que miraban al mar o a la luna; castillo árabe hecho para el suplicio y expiación de culpas—, ¡en esa noche salobreña, incomparable, todo sonaba a rebelión y a sufrimiento! El espectáculo teatral nos traía recuerdos de nuestra realidad presente. Público, actores, mazmorras, cancelas, viejos muros, todo respiraba un aire presente y pasado que, acariciando nuestros rostros, nos decía: ¿Servirán para algo los sueños de Manuel Clavero y con los sueños de Manuel Clavero los de tantos andaluces como esperan, tal vez, sin esperanza? Bendito sea el sueño o las ilusiones de los hombres cuando son sinceras; pero la realidad actual es muy otra; la lucha feroz, la indecisión agobiante...

También a mi amigo Ramón J. Sender, quien en sus clases de la Universidad de Washington se fumaba puro tras puro a pesar de su asma, explicando con palabras doloridas, harto de exilios y de penalidades, lo hubiera querido tener a mi lado, para, en la noche templada, estrellada y hermosa, decirle: «Tu novela ha servido de pretexto —gran pretexto— para que los campesinos jóvenes de ahora nos quieran hablar de lo que ven y quizá no tenga remedio. Tú, mi buen amigo, Ramón J. Sender, observa a la España de ahora y compárala con la de tu juventud. Explícame, Ramón: ¿cómo es nuestra España?»

José MARTIN RECUERDA

BRETÓN DE LOS HERREROS, EN ESPRONCEDA 34

Vicky Lusson, Enrique Ciurana y Juan José Otegui son, junto a Pablo Isasi, Paloma Moreno y Alberto Bové, los principales intérpretes de la nueva versión de «Marcela o, ¿cuál de los tres...?», de Bretón de los Herreros, que se ha puesto en escena en el teatro Espronceda 34. El director es José Luis Tutor, responsable, además, de la adaptación de la comedia.

Bermejo
65

